 Tiempo de lectura: 5 min.

La celebración anual de la memoria de todos los difuntos pone ante nuestros ojos una realidad que nadie puede negar: el final de nuestra vida terrenal. Para muchos, hablar de la muerte parece algo macabro, que hay que evitar a toda costa. Pero no fue así para San Juan Bosco; durante toda su vida cultivó el Ejercicio de la Buena Muerte, fijando para ello el último día del mes. Quién sabe si no fue ésta la razón por la que el Señor se lo llevó el último día de enero de 1888, encontrándolo preparado...

Jean Delumeau, en la introducción a su obra sobre *El miedo en Occidente*, relata la angustia que sintió a los doce años cuando, como nuevo alumno de un internado salesiano, escuchó por primera vez las "inquietantes secuencias" de la letanía de la buena muerte, seguidas de un *Padrenuestro* y un *Avemaría* "por aquel de entre nosotros que será el primero en morir". A partir de esa experiencia, de sus antiguos temores, de sus difíciles esfuerzos por acostumbrarse al miedo, de sus meditaciones adolescentes sobre los fines últimos, de su paciente búsqueda personal de la serenidad y la alegría en la aceptación, el historiador francés ha elaborado un proyecto de investigación historiográfica centrado en el papel de la "culpabilización" y la "pastoral del miedo" en la historia de Occidente y ha trazado la clave interpretativa "de un panorama histórico muy amplio: para la Iglesia", escribe, "el sufrimiento y la aniquilación (temporal) del cuerpo son menos temibles que el pecado y el infierno. El hombre no puede hacer nada contra la muerte, pero -con la ayuda de Dios- le es posible evitar el castigo eterno. A partir de ese momento, un nuevo tipo de miedo -teológico- sustituyó a otro anterior, visceral y espontáneo: era un aderezo heroico, pero aún así un aderezo, ya que introducía una salida donde no había más que vacío; de este tipo fue la lección que los religiosos encargados de mi educación intentaron enseñarme"[1].

Incluso Umberto Eco recordaba con irónica simpatía el ejercicio de la buena muerte que le propusieron en el Oratorio de Nizza Monferrato:

"Las religiones antiguas, los mitos, los rituales hicieron que la muerte, aunque siempre temible, nos resultara familiar. Estábamos acostumbrados a aceptarla por las grandes celebraciones fúnebres, los gritos de las preces, las grandes misas *de Réquiem*. Nos preparaban para la muerte con sermones sobre el infierno, e incluso durante mi infancia me invitaban a leer las páginas sobre la muerte del *Joven Instruido* de Don Bosco, que no era sólo el cura alegre que hacía jugar a los niños,

sino que tenía una imaginación visionaria y extravagante. Nos recordó que no sabemos dónde nos sorprenderá la muerte, si en nuestra cama, en el trabajo o en la calle, por la rotura de una vena, un catarro, un torrente de sangre, una fiebre, una llaga, un terremoto, la caída de un rayo, "quizá tan pronto como hayamos terminado de leer esta consideración. En ese momento sentiremos la cabeza oscurecida, los ojos doloridos, la lengua reseca, las mandíbulas cerradas, el pecho oprimido, la sangre helada, la carne consumida, el corazón traspasado. De ahí la necesidad de practicar el Ejercicio de la Buena Muerte [...]. Puro sadismo, podría decirse. Pero, ¿qué enseñamos hoy a nuestros contemporáneos? Que la muerte se consume lejos de nosotros en el hospital, que ya no solemos seguir el ataúd hasta el cementerio, que ya no vemos a los muertos. [...] Así, la desaparición de la muerte de nuestro horizonte inmediato de experiencia nos aterrorizará mucho más, cuando se acerque el momento, al enfrentarnos a este acontecimiento que también nos pertenece desde el nacimiento – y con el que el sabio se reconcilia a lo largo de la vida"[2].

En las casas salesianas la práctica mensual de la buena muerte, con la recitación de las letanías incluidas por Don Bosco en el *Joven Instruido*, se mantuvo en uso desde 1847 hasta el umbral del Concilio[3]. Delumeau cuenta que cada vez que leía esas letanías a sus alumnos del Collège de France se daba cuenta de lo asombrados que estaban: "Es la prueba -escribe- de un cambio rápido y profundo de mentalidad de una generación a la siguiente". Habiendo envejecido rápidamente después de haber estado de actualidad durante tanto tiempo, esta oración por una buena muerte se ha convertido en un documento de la historia en la medida en que refleja una larga tradición de pedagogía religiosa"[4]. El estudioso de las mentalidades, en efecto, nos enseña cómo los fenómenos históricos, para evitar anacronismos equívocos, deben abordarse siempre en relación con su coherencia interna y con respeto a la alteridad cultural, a la que debe remontarse toda representación mental colectiva, toda creencia y práctica cultural o cultual de las sociedades antiguas. Fuera de esos marcos antropológicos, de ese conjunto de conocimientos y valores, formas de pensar y sentir, hábitos y modelos de comportamiento predominantes en un contexto cultural determinado, que conforman la mentalidad colectiva, es imposible aplicar un enfoque crítico correcto.

Por lo que a nosotros respecta, el relato de Delumeau es un documento de cómo el anacronismo no sólo debilita al historiador. Incluso el pastor y el educador corren el riesgo de perpetuar prácticas y fórmulas ajenas a los universos culturales y espirituales que las generaron: así, además de parecer cuando menos extrañas a las generaciones más jóvenes, pueden incluso resultar contraproducentes, al haber

perdido el horizonte global de sentido y el “equipamiento mental y espiritual” que les daba sentido. Este fue el destino de la oración de la buena muerte repropuesta, durante más de un siglo, a los alumnos de las obras salesianas de todo el mundo, y luego -hacia 1965- completamente abandonada, sin ninguna forma de sustitución que salvaguardara sus aspectos positivos. El abandono no se debió únicamente a su obsolescencia. Era también un síntoma de ese proceso en curso de eclipse de la muerte en la cultura occidental, una especie de “entredicho” y de “prohibición” denunciado ahora con firmeza por estudiosos y pastores.[5]

Nuestra contribución pretende investigar el significado y el valor educativo del ejercicio de la buena muerte en la práctica de Don Bosco y de las primeras generaciones salesianas, relacionándolo con una fecunda tradición secular, e identificando después su peculiaridad espiritual a través de los testimonios narrativos dejados por el Santo.

(continuación)

---

[1] Jean Delumeau, *El miedo en Occidente* (siglos XIV-XVIII). *La ciudad sitiada,* Turín, SEI, 1979, 42-44.

[2] Umberto Eco, «La bustina di Minerva: Dov’è andata la morte?», en *L’Espresso*, 29 de noviembre de 2012.

[3] Las «Oraciones por una buena muerte» se encuentran todavía, con algunas variaciones sustanciales, en el Manual de oración revisado para las instituciones educativas salesianas de Italia, que sustituyó definitivamente al *Giovane Provveduto*, utilizado hasta entonces: Centro Compagnie Gioventù Salesiana, *In preghiera. Manuale di pietà ispirato al Giovane Provveduto di san Giovanni Bosco*, Torino, Opere Don Bosco, 1959, 360-362.

[4] Delumeau, *El miedo en Occidente*, 43.

[5] Cf. Philippe Ariés, *Historia de la muerte en Occidente*, Milán, BUR, 2009; Jean-Marie R. Tillard, *La muerte: ¿enigma o misterio?* Magnano (BI), Edizioni Qiqajon, 1998.